



ENTREVISTA CON EL FILÓSOFO LUIS ARENAS

Interview with the philosopher Luis Arenas



Luis Arenas

La Revista Internacional de Humanidades Médicas — MEDICA REVIEW — entrevista Luis Arenas¹. Profesor Titular Habilitado en el área de Filosofía (2006) y en la actualidad Profesor Titular del Departamento de Filosofía de la Universidad de Valencia (2020). Es Licenciado (1992) y Doctor en Filosofía con Premio Extraordinario por la Universidad Complutense de Madrid (1997) y Diplomado de Estudios Avanzados en Historia del Arte (2005) por esa misma universidad. Ha dirigido tres proyectos de investigación nacionales como Investigador principal: *Racionalidad económica, ecología política y globalización: hacia una nueva racionalidad cosmopolita* (2020-2023); *Gobierno de sí y políticas de la subjetividad en el contexto de la crisis de la racionalidad neoliberal* (2017-2020) y *Espacio y subjetividad: ampliaciones y quiebras de lo subjetivo en la ciudad contemporánea* (2007-2010). Además ha

participado como investigador en otros proyectos financiados: *La reconstrucción de la experiencia: el pragmatismo y la crítica contemporánea del conocimiento* (Ministerio de Economía y Competitividad, 2013- 2016), *Tiempo y subjetividad (aporías y pliegues de la subjetividad en el contexto de la sociedad mediática)* (Universidad de Zaragoza, 2009-2010), *Comunicación y cultura digital* (Universidad Europea de Madrid, 2006-2007), *La prudencia y la ponderación como instrumentos para una educación en valores en la sociedad de la tecnología y la información* (Comunidad de Madrid, 2002-2003) o *ARESTE (Arrinconando estereotipos)* (UE-Comunidad de Madrid, 2002-2003). Sus líneas de investigación actuales se centran en la tarea de repensar los fundamentos del orden político-económico vigente ante el «agotamiento sistémico» que obliga a repensar de manera radical para las próximas décadas los supuestos (económicos, ecológicos, geopolíticos, culturales, pedagógicos) asumidos acríticamente en nuestro actual horizonte civilizatorio. En cuanto a sus publicaciones es autor de los libros

¹Entrevista concedida en 14/01/2022 al codirector de Revista Internacional de Humanidades Médicas MEDICA REVIEW, Simeão Donizeti Sass. Esta entrevista cuenta con la autorización de Luis Arenas.

Capitalismo cansado. Tensiones (eco)políticas del desorden global (2021), *Descartes* (2015), *Fantasmas de la vida moderna. Ampliaciones y quiebras del sujeto en la ciudad contemporánea* (2011), *Identidad y subjetividad. Materiales para una historia de la filosofía moderna* (2002). Asimismo es coeditor de diversas monografías colectivas como *Marx contemporáneo* (2021), *El efecto Deleuze* (2016), *Planos de [inter]sección: Materiales para un diálogo entre filosofía y arquitectura* (2011), *El legado filosófico del siglo XX* (2005), *El desafío del relativismo* (1997) y *El retorno del pragmatismo* (1999). Fue además cofundador y director de la revista de filosofía *Anábasis* y de la colección de filosofía *Mínimo Tránsito* (Antonio Machado Libros). Es fundador y miembro del grupo de investigación (Inter)sección de Filosofía y Arquitectura, del que forma parte desde su fundación en 2007.

Simeão Donizeti Sass (S. D. S.) ¿Cuáles han sido a su juicio los impactos sociales, culturales y políticos de la pandemia covid-19?

Luis Arenas (L. A.) Desde el punto de vista social, a mi juicio la pandemia ha sido el desencadenante de algunos rasgos que estaban pasando por debajo del radar en nuestras sociedades. Es verdad que la respuesta de la mayoría de la sociedad ha sido (al menos en el caso de mi país, España) aceptar con una gran disciplina las restricciones de movilidad que supuso el confinamiento y las dificultades y estrecheces económicas que un parón tan brutal de la economía supuso para muchas familias. A pesar de todo, creo que la gente ha entendido la situación de excepción en la que nos encontrábamos y la amenaza real que se cernía sobre nuestra salud individual y colectiva y ha estado a la altura (respetando masivamente el confinamiento, atendiendo a la recomendación de las autoridades sanitarias de la vacunación, tomando medidas de prevención como el uso de la mascarilla y el distanciamiento social, etc.).

Sin embargo, la pandemia ha dado visibilidad también a un sector de la sociedad que por minoritario que sea (y en algunos casos no lo es tanto) no es menos significativo. Me refiero a los que podríamos englobar bajo la categoría general de negacionistas (aunque esta categoría es muy vaga, pues entre ellos hay desde los que niegan la utilidad de las vacunas hasta los que, en clave conspiranoica, niegan la existencia de la

propia enfermedad). Resulta sorprendente y paradójico que los mismos que extienden sus proclamas y jaculatorias sobre los peligros de manipulación de la tecnociencia lo hagan utilizando como medio plataformas tecnológicas solo posibles gracias a ese mismo desarrollo científico y tecnológico del que dudan en el caso de las vacunas.

Creo que ese escepticismo (que, cuando se basa en razones públicas y compartibles y no en bulos, es un componente central del progreso científico) en el caso de los negacionistas es el símbolo de los límites al que el discurso de las razones puede aspirar en el contexto del debate público actual.

Los negacionistas no tienen claro de si con la vacuna alguien quizá está tratando de inocularnos algún extraño chip para controlar nuestras vidas, pero apenas les despiertan sospechas el uso interesado de los datos que las grandes empresas tecnológicas y sus archivos de *big data* obtienen de esas plataformas mediante las que ellos se transmiten sus bulos.

En el plano cultural, las consecuencias de la pandemia han sido atroces. No ya solo desde el punto de vista material para los propios creadores (la cantidad de artistas, músicos, actores, bailarines que están enfrentando situaciones económicas insostenibles tras un año sin poder presentar su trabajo ante el público), sino porque ha convertido la experiencia cultural, que siempre tiene algo de experiencia comunitaria, de algo compartido y gozado en común, en una experiencia esencialmente privatizada. Durante el confinamiento e incluso después el miedo al contagio ha inhibido a muchos de salir, de ir a conciertos, cines, teatros, exposiciones y espectáculos: nos ha convertido en seres aislados en nuestros sofás consumiendo lo que las plataformas de streaming ofrecían y compartiendo esa experiencia en ese simulacro de conversación que son las redes sociales. En mi caso particular el libro *Capitalismo cansado* arranca justo de esa experiencia: la nostalgia y la impotencia que supone no poder salir a bailar y compartir la música y el contacto con otros desconocidos. Ese compartir es el suelo del que se nutre la experiencia de la cultura y que ahora ha quedado indefinidamente aplazada.

Desde el punto de vista político, la pandemia ha dado la ocasión de ver claramente hasta qué

punto algunas de nuestras categorías políticas estaban podridas y bajo su cascarón habían eliminado todo contenido de sentido. El caso del discurso libertario ha sido muy evidente: personas que se lanzaban a la calle tomando como bandera una libertad que, en la situación que nos encontrábamos, significaba de hecho reclamar la libertad de enfermar y de hacer enfermar a otros.

(S. D. S.) Me gustaría abordar algunos aspectos de su última publicación *Capitalismo cansado* (2021). ¿Cuál es el tema central de su libro?

(L. A.) El tema central del libro lo resumí en la idea que recoge el título. El capitalismo, como sistema socio-económico, está dando señales inequívocas de agotamiento. Pero valdría la pena hacer una matización. Hablar de capitalismo cansado no es una prosopopeya o personificación. Obviamente no es el propio capitalismo quien siente y experimenta el cansancio en primera persona, por así decir. En tanto que lógica de intercambio infinito de mercancías el capitalismo es un sistema no intencional (y esto lo reconocía el propio Marx al comienzo de *El capital*). Mi referencia a la fatiga o al cansancio tenía que ver más con un concepto que se maneja en el caso de la física y de la ingeniería: el de fatiga de materiales. La fatiga de los materiales es un daño que se produce en los elementos mecánicos cuando se someten a cargas variables y que con el tiempo acaban por quebrar el material y lo que de él depende. En ese sentido objetivo y no subjetivo o intencional es en el que hablaba de cansancio del capitalismo como sistema. Las cargas excesivas a las que hemos sometido al sistema son muchas: un disparatado uso de fuentes de energía fósiles y un consumo exponencial de materiales que están mostrando su agotamiento (esta vez nada metafórico), la presión que supone y va a suponer en el futuro más inmediato las consecuencias del cambio climático, las cargas que soporta un planeta con una población mundial de casi 8000 millones de personas de las cuales las menos desarrolladas aspiran con todo derecho a aumentar su nivel de consumo, las cargas morales y políticas que suponen las insostenibles injusticias que separan al norte y al sur global (y al norte y al sur que hay en el interior de las sociedades del norte global), etc.

Basta proyectar sobre el presente y el futuro una mirada materialista a la historia para cobrar conciencia que el capitalismo es un sistema que tiene los días contados. De él vamos a salir sí o sí y lo único que vamos a tener que negociar es si, como decía André Gorz, lo vamos a hacer de manera civilizada o bárbara. Y este juicio sobre la salida del capitalismo no es un juicio moral o político: no se trata de decidir si el capitalismo ha sido el gran Moloch al que hemos rendido sacrificios inhumanos inaceptables (como defiende la tradición anticapitalista de cuño emancipatorio) o si ha sido la gran conquista de la razón y de la libertad (como sostienen sus defensores desde la ortodoxia neoliberal). Sin perjuicio de mi mayor simpatía por la primera de las opciones, el sentido en que hablo del final del capitalismo se situaría en un momento prepolítico o premoral: el de la constatación de que ya no salen las cuentas. Y, por cierto: esta conciencia de que estamos al final de un sistema que ha durado solo unos cuantos siglos no es solo patrimonio de los que vienen luchando contra él desde los tiempos de Marx. Es algo que en sus cócteles privados las elites que gobiernan el mundo son conscientes desde hace tiempo y para lo que ellas sí se están preparando.

(S. D. S.) ¿Cuál es la importancia del pensamiento de Thorstein Veblen en este trabajo?

(L. A.) Veblen es sobre todo conocido por su *Teoría de la clase ociosa* donde introduce el concepto de consumo ostensible o conspicuo (es decir, un consumo que se hace reduciendo el valor de uso de las mercancías a su dimensión simbólica o social: al estatus que otorgan como mecanismo de distinción en el sentido de Bourdieu). Pero creo que para la crisis que está experimentando en la actualidad el capitalismo volver a Veblen es un retorno que puede ser intelectualmente productivo. De entrada, vale la pena recordar que Veblen fue uno de los poquísimos economistas que en los años veinte fue consciente de lo que se venía encima a la economía mundial. Veblen se cansó de advertir de la inminente crisis que iba a sufrir la economía estadounidense y mundial y que finalmente en el 1929. Él murió unos meses antes del shock pero su análisis de las burbujas económicas a que empujaba la financiarización de la economía fue muy perspicua. Veblen comprendió que el capitalismo financiero era

una suerte de estafa piramidal (lo que hoy llamaríamos un esquema Ponzi).

Además, su mirada compleja y multidisciplinar, que se despliega por campos como la filosofía, la economía, la psicología social o la antropología, le permitió ver cosas que hoy esa «barbarie del especialismo» de la que habló Ortega no nos permite ver, me temo. Veblen consiguió atisbar la mutación que la sociedad capitalista estaba a punto de sufrir, hasta el punto de que en una fecha tan temprana como 1919, Veblen —en una de las primeras apariciones del término— se refirió a su tiempo como una “era postmoderna”. Si Marx había sido el teórico más certero del capitalismo en su fase de producción, a Veblen le corresponde el mérito de haber diseccionado la lógica de un modo de producción que estaba entrando en su fase de consumo. Me interesa Veblen porque es una excelente segunda voz de los análisis marxianos: sus lecturas se complementan. Allí donde Marx desentraña la lógica objetiva que regula la producción y el intercambio de mercancías, Veblen se concentra en las dinámicas subjetivas que trabajan a favor del capitalismo. Frente al análisis de Marx, el de Veblen psicologiza la lógica del capitalismo haciendo descansar en la emulación el principal motor del sistema económico.

Por lo demás, buena parte de su obra tuvo como objetivo diseccionar el irracional *quid pro quo* que caracterizaba a la lógica económica de su tiempo —que en muchos sentidos sigue siendo el nuestro—. A través de algunos de sus conceptos analíticos centrales como *clase ociosa*, *consumo ostensible*, *intereses creados*, *sabotaje capitalista*, *propiedad ausente* y *capitanes de industria*, el pensamiento de Veblen ha adquirido una inesperada actualidad en nuestros tiempos, en los que la deslegitimación del sistema económico dominante ha sufrido una vertiginosa aceleración. Para mi sorpresa ese retorno a Veblen es de las cosas que más está interesando del libro a mis colegas académicos.

(S. D. S.) Cuéntanos un poco sobre uno de los capítulos de tu libro *Arquitectura entre la ecología política y el fondo gastado de la modernidad*

(L. A.) Todo aquel que se sienta a escribir un libro, como decía Foucault, lo hace no para informar a los lectores de lo que sabe sino para aprender de lo que no sabe y, por tanto, para

transformarse. Esas páginas que cita en su pregunta son en el fondo la puesta en limpio de un modestísimo *insight* o iluminación personal que tuve escribiéndolo. Esa iluminación consiste en haber reparado en la íntima correspondencia que existe entre la concepción moderna de la naturaleza y nuestra actual crisis ecológica.

En concreto ese capítulo pretende responder a esta pregunta: ¿Qué vincula la concepción homogénea y descualificada del espacio absoluto newtoniano con el *felicific calculus* del utilitarismo benthamiano o a la concepción de los animales-máquina de Descartes con la ley de oferta y la demanda de la economía política clásica? La respuesta inmediata a esa disparatada pregunta sería, obviamente, que todos son momentos estelares de la modernidad. Pero por debajo de esa respuesta obvia lo que me gustaría destacar es la *desconocida raíz común* que hay entre ellas, a saber, una única y compartida comprensión de la naturaleza como una pura extensión geométrica descualificada de la que nosotros, los humanos, apenas contingentemente somos parte. Podemos llamar para simplificar a esta concepción la concepción mecanicista de la naturaleza o, para hacer justicia a su verdadero muñidor, la concepción newtoniana de la naturaleza.

Lo que creí haber comprendido escribiendo esas páginas es que solo comprenderemos adecuadamente los problemas que enfrenta la modernidad como proyecto civilizatorio cuando entendamos en qué sentido la concepción *moderna* de la naturaleza es parte del bagaje del que tenemos que librarnos para afrontar la transición ecosocial que demandan nuestras sociedades hoy. La imagen del mundo heredada de la modernidad cartesiano-newtoniana ya no es hoy viable. Pero en muchos y profundos sentidos aún estamos presos de esa cosmovisión. Somos como los hombres y mujeres del año 1600 en el tránsito del geocentrismo al heliocentrismo: conscientes de la crisis de la imagen del mundo que nos constituía como civilización pero incapaces aún de ofrecer una cosmovisión alternativa.

Lo que he intentado mostrar en el texto es la coherencia, consistencia e interconexión mutua de esa cosmovisión moderna en relación con eso que he llamado el *fondo gastado de la modernidad*: una manera de comprender y de aproximarse a la naturaleza como pura extensión

geométrica descualificada y las implicaciones y conexiones de ese modo de entender el mundo físico con el mundo económico y el mundo moral.

La tarea que exige la crisis ecosocial en la que estamos incurso no pasa (solo) por cambiar de sistema económico: *habitar* la tierra de otra manera pasa por *pensar* de otra manera nuestra relación con la naturaleza (cambiar de *cosmograma*, por decirlo en los términos de Bruno Latour) y buscar nuevas metáforas para esa nueva cosmovisión o cosmograma por venir.

(S. D. S.) ¿Considera que la democracia en los regímenes liberales está en crisis?

(L. A.) Definitivamente la democracia y sus valores no pasan por su mejor momento. La democracia es supuestamente un sistema de gobierno horizontal, en la que ninguna de las voces de ese *demos* que contiene en su nombre puede arrogarse un diferencial de poder político con respecto a los demás. Obviamente esto hoy día —como siempre lo fue, por otro lado— no ha dejado de ser sino una hermosa ficción. La democracia es inseparable de lo que los griegos llamaba *isegoría*: el mismo derecho a la palabra. La democracia se vacía totalmente de sentido cuando esa supuesta igualdad de cada uno de los miembros del *demos* queda negada desde el inicio en términos de acceso a la palabra o a los medios de vida que permiten desarrollar una

participación política efectiva. Pensar que el poder o la opinión de cualquiera de nosotros vale tanto como la opinión de los dueños del mundo (expresada a través de los medios de comunicación en que invierten millones para transmitir su ideología particular) o que nuestra capacidad de influencia política como ciudadanos particulares puede estar en el mismo plano que la que desarrollan los lobbies industriales y económicos capaces de disciplinar al poder político supuestamente elegido en elecciones descolgando el teléfono es de una ingenuidad casi enternecedora.

La democracia hoy ha quedado convertida en un sistema plutocrático, en una oligarquía timocrática, en sentido aristotélico: es decir, el gobierno de unos pocos y ricos que conceden al resto del *demos* una vez cada cuatro años el privilegio de poder votar (eso siempre y cuando voten adecuadamente). El *intenso compromiso* de las elites económicas liberales con la democracia quedó de manifiesto de manera palpable en las declaraciones del ínclito Vargas Llosa en relación con las elecciones de Perú cuando declaró que «lo importante de unas elecciones no es que haya libertad, sino votar bien». Este comentario de Vargas Llosa deja a las claras qué concepción de la democracia tienen las elites globales neoliberales.